

LA NOVELA FILM

N.º 152

30 cts.



EL CONDE KOSTIA

POR

CONRAD VEIDT, PIERRE DALTOUR, ETC.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651

Administración } BARCELONA

Año IV

N.º 152

EL CONDE KOSTIA

Comedia dramática, basada en la novela de
VÍCTOR CHERBULIEZ

Interpretada por los notables artistas

**Conrad Veidt, Genica Atanasiu, Florence Talma,
Pierre Daltour, Desmarets, etc.**

Producción

CINEMATOGRAPHERS PHOCÉA

Exclusiva de

LEMIC, S. A.

Muntaner, 1 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de

SALLY O'NEIL

El Conde Kostia

Argumento de la película

I

El secretario

A orillas del Rhin, como un recuerdo petrificado de aquellas épocas de feudalismo tiránico, dominador de vidas y haciendas, se alzan en las cimas de los montes, vetustos castillos señoriales, que como nidos de águilas, quieren poner el interrogativo de la soberbia hasta en el mismo lecho del sol.

En uno de ellos, puntiagudo y erguido, como un monje maldito de Dios, que se quedó hecho piedra con el dedo en alto como lanzando un anatema monstruoso, ha fijado su residencia el conde Kostia, encarnación perfecta de

aquella Rusia zarista, que a fuerza de crímenes y odios, encendió la hoguera inextinguible de la más violenta de las conmociones sociales que tiñeran en sangre el manto ajado de la vieja Europa.

Nido de lechuzas y bestias agoreras parece el torreón en que el noble señor ruso, oculta a las miradas burlonas de la gente la huella sangrienta que en su alma causara el desengaño a latigazos.

En sus ojos torvos, misteriosos, brillan las luces de la duda y los relámpagos del odio inextinguible a lo que fué y a lo que es.

Murió su esposa en el misterio haciéndose justicia a sí misma. Flotó en la corte de los Zares la nube de unos amores culpables y el soberbio señor de mil vasallos tuvo que huir de las burlas, como un mujik despreciable y despreciado.

Ni su hijo Esteban, bello y melancólico adolescente injerto de risas y de lágrimas, ni el capellán del castillo, el obeso pope Alexis, bastan a distraerle, a alejar de su mente atormentada los sombríos pensamientos que la atenzaban.

¿Qué delito cometió Esteban, el heredero del condado de Kostia, para merecer el castigo de la cadena infamante? ¿Por qué vive recluso en el silencio de la apartada torre, lejos del mundo y de los hombres, rodeado de libros y de iconos y servido únicamente del viejo esclavo?

vo Ivan, que más que de siervo desempeña cerca de él las funciones de carcelero?

El conde para buscar un derivativo a sus pesares, se entrega al estudio de la Historia antigua y decide buscar un secretario, que le ayude en los trabajos literarios que piensa emprender, y para lograrlo escribe al matrimonio Lerijs, conocimiento adquirido en uno de sus viajes a París:

"...yo no puedo olvidar su amable trato, ni el de su esposa durante mi estancia en esa. Ya sabéis que para olvidar la tragedia de mi esposa, me alejé a la Martinica. Allí las fiebres mataron a mi hija Elena y hoy con mi único hijo Esteban, vivo refugiado en mi castillo de Coblenza y necesito alguien que me ayude en mis estudios. Mi secretario tendrá la mejor sala del castillo, comerá a mi mesa y hablará cuando se le pregunte."

Los Lerijs atentos a los deseos de su amigo, hablan de sus proposiciones tentadoras a Gilberto Saville, helenista, joven pájaro de biblioteca, capaz de pasarse unos años en aquel nido de águilas entre libros y misterios.

Algo extraño le pareció todo aquella a Saville, pero aficionado a las aventuras, espíritu soñador y algo romántico, aceptó la propuesta y partió para Coblenza.

Gilberto después de remontar el curso del Rhin, el río de los viejos romances legendarios,

de gnomos y Walkyrias, desembarcó a unos kilómetros del castillo una mañana hermosa de primavera.

Gozando las bellezas del camino se dirigió hacia su nueva morada, cuando cerca de un arroyuelo que serpeaba alegre y cantarín entre la fronda, se encontró con un muchacho de unos 16 años, cuyo rostro pálido y enjuto estaba enmarcado en una cabellera negra rizada.

El joven, sobre un soberbio alazán, venía en derechura a él y cuando llegó a dos pasos del arroyo, le gritó con voz imperiosa:

—Mi caballo tiene sed... ¡Déjalo llegar a la fuente!

Surgió el altercado violento, porque la naturaleza del hombre libre se rebeló contra aquella orden despótica y creció de punto su ira, cuando el látigo del adolescente derribó con un golpe seco su sombrero. Cometido el hecho, el jinete huyó raudo y no fué poca la sorpresa de Gilberto Saville, cuando horas después pudo constatar que su agresor del bosque no era otro que Esteban, el hijo del conde Kostia.

Molesto por aquel primer incidente, presagio de otros sucesivos, prosiguió su marcha Gilberto y llegó ante la mole sombría del castillo. Miró, no sin emoción, aquellos paredones mohosos y se dijo, frunciendo el rostro, de ordinario tan risueño:

—¿Qué misterio de amor, locura o venganza encierran estas paredes?

Y preocupado y temeroso por lo que veía y por lo que adivinaba, penetró en el castillo.

El nuevo secretario fué recibido por el conde Kostia afable y cariñosamente. Tras estrechar su mano con efusión e indicarle un asiento cerca de él, le dijo a guisa de preámbulo:

—Su maestro me anuncia que es usted hombre de positivo valer, y tal vez no soy yo digno de tener tal secretario.

Gilberto se inclinó agradeciendo el cumplido y sin dejar de observar aquel raro ejemplar de la raza eslava.

—También me advierte que es tímido y orgulloso, que es usted capaz de sufrir en silencio sin quejarse. Mi amigo me tiene en el concepto de un hombre fiera... Yo le suplico que no me tema... Mis manos no son garras...

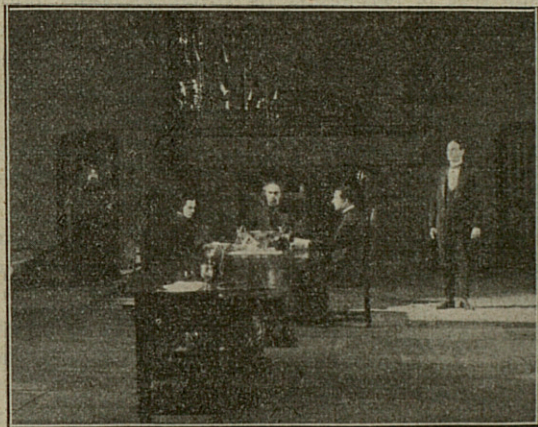
Y al decir esto, una extraña sonrisa dejaba al descubierto la doble hilera blanquísima de sus dientes de lobo.

Pasaron los días. El espíritu ordenancista del castillo hablaba por la voz de una campana, que convocaba en el amplio comedor a los únicos huéspedes de aquella mansión del silencio: el conde y su secretario, Esteban y Alexis, el pope gordinflón.

Y una mañana al sonar el esquílón, el pope Alexis, que en la sombría capilla de la mansión feudal mataba sus ocios repasando los ennegrecidos frisos religiosos, llegó tarde a la mesa.

El conde, con aquella mirada fría y acerada que brillaba en sus ojos siniestros cuando le cegaba la cólera, exclamó, amenazador, al verle:

—¡Alexis! ¡El buen sacerdote del Señor debe ser puntual servidor de los hombres!



...una mañana el pope Alexis llegó tarde a la mesa.

Trató el pope de justificar su tardanza, pero su señor le atajó iracundo:

—¡La bendición de la mesa no puede retardarse por vuestras torpezas pictóricas! ¡Si volvéis a faltar, cubriré vuestros frisos con cal viva!

Gilberto asistía estupefacto a aquella escena, murmurando pensativo:

—¿Qué ambiente de tiranía, qué autoritario poder impera en esta casa de la que está proscrita la sonrisa?

Y su asombro creció de punto, cuando vió que tras la ceremonia de ritual, el pobre pope fué a sentarse en lo más apartado de la estancia, ante una mesilla minúscula, como si fuese indigno el ministro del Señor de sentarse a la mesa con sus hermanos en Cristo.

—¡Extraño espíritu religioso! ¡Se le pide que bendiga la mesa y se le pone el plato en un rincón! — comentó para sí Gilberto.

Kostia, como queriendo dar una explicación a aquellos hechos y a aquellas actitudes, dijo volviéndose hacia su secretario:

—Las personas que habitan a mi lado, no saben latín, ni griego. Son dos muñecos que no deben interesarnos.

Y Gilberto se dijo que estaba empeñado en una aventura que a no dudar, por los presagios, debía ser sangrienta.

II

¡El amo!

Los días pasan en el roquedal, que al claro de luna adquiere apariencias fantasmales.

De codos en la balaustrada del balcón que

cae sobre el río encantado, Gilberto en las noches de luna ve retratarse en sus aguas, forjadas por su imaginación sobreexcitada por aquella existencia de misterio, escenas truculentas de extrañas aventuras de los tiempos remotos, en las que turbaban el silencio augusto



...vió que tras la ceremonia de ritual el pobre pope fué a sentarse ante una mesilla minúscula...

de la noche, rumor de hierros y cadenas, ristas huecas como de boca sin dientes y quejidos de dolor siniestros, agudos, ayes desgarradores, como súplicas lacerantes; voces de donce-

llas violadas tras las rejas fatídicas de los calabozos.

Estoy en plena aventura espiritual — escribía a sus amigos, los Lerins—. El conde me dice que su vida es una comedia; que en su cerebro tiene escondidas las marionetas de su historia.

Paso mis horas de trabajo en la biblioteca, siempre intrigado por el vivir anormal del conde y sin poder descifrar el enigma de este niño, que nunca me rie; niño de corazón estéril, condenado a razonar y pensar, cuando él quería adorar y ser amado: ¿sentir!

¿No será — concluía—, el silencioso Esteban una de las marionetas que atormentan la vida de su padre?

Un domingo, Esteban había ido a dar un paseo a caballo con Ivan. Sonó la campana anunciando la comida y siervo y señor aun no estaban de regreso. El conde, que no toleraba que se entorpeciese ni en un segundo el curso de las horas, cuya distribución había reglado de antemano, abandonó furioso el comedor y se lanzó a su encuentro seguido de su secretario.

Los labios de aquel hombre estaban lívidos, su voz era sorda, ronca, velada por aquella ronquera extraña, que se producía cuando le dominaba la cólera. Al aparecer ante él los culpables al final del sendero, corrió hacia ellos y miró de arriba a abajo a Esteban, con una

mirada tan amenazadora, que el pobre niño se estremeció de terror convulsivo.

Pero fué sobre Ivan sobre quien se desencadenó toda su ira.

—¡Perdón, señor! — gemía el desgraciado mujik—. El caballo de Esteban sufrió una caída... está herido en una pata y hemos tenido que volver a pie.

El conde no le oía. Avanzó hacia el esclavo, que se dejó caer ante él de rodillas y arrebatándole el látigo de las manos le golpeó con furia, con saña, salvaje y cruel, hasta que la sangre empezó a brotar a borbotones de las espaldas y del rostro del infeliz.

El desgraciado siervo se dejó fustigar, sin hacer un movimiento, sin lanzar un grito y ni aun le acudió a la mente la idea de huir o de defenderse. Arrodillado, con los ojos cerrados, era la imagen real del servilismo resignada a los más atroces ultrajes.

Gilberto no pudo sufrir con calma aquel espectáculo. Su naturaleza de hombre libre, se rebeló contra aquel abuso de poder y de un salto, con el rostro descompuesto y en ademán amenazador, se interpuso entre el verdugo y la víctima.

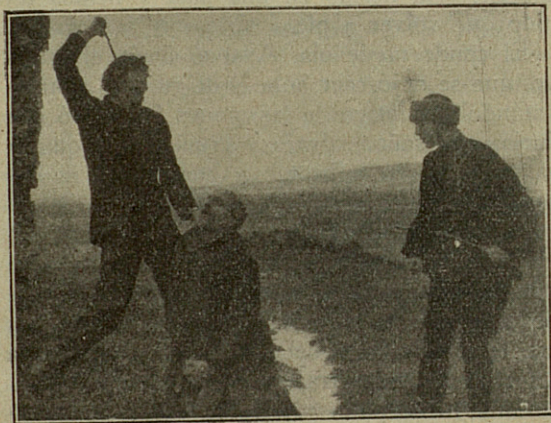
—¡En la libre Europa no pueden ser apaleados los hombres de ese modo! — exclamó.

Estupefacto, con el brazo en alto, el conde le miró unos instantes con ojos inflamados, diciéndole, entre espumarajos de rabia:

—¡Es carne de esclavo! ¿lo oís? ¡Carne de esclavo!

Y jadeaba, descompuesto, por aquel atrevimiento inaudito.

Poco a poco fué calmándose, hasta que su rostro adquirió la inexpresión ordinaria.



...y arrebatándole el látigo de las manos le golpeó con furia...

—Pase por esta vez — dijo con sonrisa forzada—. En lo sucesivo procurad no mezclaros en mis asuntos.

Entretanto, el pobre mujik había cogido una mano de Gilberto y procurando que no le viese su amo, más que besarla, la lamía como

un perro, mientras lágrimas silenciosas brotaban de sus ojos.

III

Simiente de odio

Esteban adoraba las flores... En un bancal cerca del castillo tenía plantado un jardín. Paseando un día con el conde, Gilberto se detuvo en aquel rincón y expresó en voz alta su admiración por las flores.

Al día siguiente, cuando Esteban fué a visitar sus plantaciones, halló a un esclavo que arrancaba las matas más hermosas. El muchacho le reconvino colérico e indignado y el siervo le contestó:

—¡Cumpló una orden de Su Excelencia!

En aquel momento llegaban al jardín su padre y Gilberto. Esteban rogó al conde que respetaran su diversión favorita y éste sin hacerle caso, volviéndose a Gilberto, dijo, sonriente, con aquella su sonrisa diabólica:

—¡Oh! ¿Le gustan a usted las flores? ¡Pronto verá su cámara convertida en un jardín!

Y dirigiéndose luego a su hijo, le dijo, recobrando su seriedad flageladora:

—¡El hijo para el padre ha de tener el respeto del esclavo para su señor! ¡Lo he dispuesto yo así y basta!

Y se alejó como gozándose en aquella venganza mezquina.

Solos los dos jóvenes, frente a frente, Esteban miró a Gilberto con una expresión de odio feroz y huyó a refugiarse en su torreón sombrío.

El secretario que había empezado la redacción de sus memorias, escribía aquella noche:

Las flores de Esteban están en mi balcón... ¿Querrá el conde aumentar el odio que su hijo me profesa? ¿Querrá alejarme más de esta marioneta de su farsa?

Escribiendo estaba, cuando entró en la habitación uno de los criados del castillo:

—¡Hola, franchute! ¿Cómo te va?

Miró Gilberto, sorprendido, a aquel intruso cuya desvergüenza le sorprendió hasta el punto de no dejarle hablar.

—¡Dame un cigarrillo y te diré que la cocinera está loca por ti!

—¿Qué es eso? ¿Quién te ha autorizado a hablarme así?

—¿Que por qué te tuteo? ¡Pues porque eres un esclavo como todos! Así lo dice Su Excelencia...

Gilberto no quiso oír más. Bajó a saltos la escalera e irrumpió violento en la estancia del conde y acercándose a éste cuanto pudo y mirándole cara a cara, le escupió al rostro:

—¡Conde Kostia: vengo a recordaros que

no sois ni mi señor, ni mi amo... y que regreso a la ciudad de los hombres libres!

—¿Qué pretendéis decir con eso? ¿Quién ha podido autorizar esa injuria tan fuera de razón? —gritó el conde, irritado.

—Vuestro criado acaba de decirme que vos mismo —contestó Gilberto. Y contó lo sucedido segundos antes.

Mandó el conde llamar al insolente y le increpó con dureza.

—Fué el señorito Esteban... —balbuceó temblando el siervo.

—¿Esteban? Gilberto es señor en esta casa y merece todos los respetos, y ¡ay del que le ofenda! ¡Que venga mi hijo en seguida!

Al poco rato con la cabeza baja, mudo, sombrío, entraba Esteban en la sala y quedaba en pie ante su padre, mirando receloso hacia donde estaba el secretario:

—¿Desde cuándo te atreves a dar órdenes a mis criados? ¿Desde cuando es ley de nobleza, valerse de un siervo para ofender a un huésped?

—¡Yo le odio, padre y señor! —contestó Esteban con entereza, con rabia reconcentrada—. ¡Ocupa en la casa y en vuestro corazón un lugar que no le corresponde! ¡Le odio!

—¡Odiar! —dijo el conde, con expresión sarcástica—. ¡Tú que sabes lo que es odiar! ¡Odiar, es el suplicio de todos los instantes! ¡Odiar, es llevar una cruz de plomo en el co-

razón! Además, Gilberto no merece tu odio... Por sus constantes súplicas te he perdonado muchas veces. A ruego suyo, voy a devolverte las flores. ¡Pero debes pedirle perdón!

—Sois mi padre, ¿verdad? ¡Tened compasión de vuestro hijo! ¡No me humilléis! ¡Soy el heredero de vuestro nombre!

Y se arrodilló, suplicante.

—¡Te he dicho que pidas perdón y has de hacerlo! ¡Aquí no hay más voluntad que la mía! ¿No estás de rodillas, tú el que hablas de humillaciones? Pues lo mismo es que te postres ante mí que ante otro hombre. ¡De rodillas, así!

Y sujetándole con mano férrea por ambos hombros le mantuvo en aquella posición humillante obligándole a volverse hacia Gilberto.

—¡Pídele perdón ahora! ¡Te lo mando!

Y aquella naturaleza exótica, en fuerza del exotismo de su misma educación, dejó escapar de entre sus labios como un silbido:

—Señor... ¡Obligado por la fuerza, os pido perdón por odiaos con toda mi alma!

Y después de pronunciar aquellas palabras, huyó a ocultar su vergüenza y su rabia en el torreón maldito.

El joven secretario estaba decidido a abandonar el castillo, porque la vida en él le parecía imposible y le hería en lo vivo la conducta de Esteban, que poseído de un odio feroz, no sabía ya de qué vejaciones echar mano

para zaherirle; pero un día en el comedor del castillo el joven rebelde trató de envenenarse echando unos polvos en su taza de café:

Fué sorprendido por su padre que le dijo, burlón:

—¡Querías matarte! ¡Ibas a tomar unos fósforos como una sierva enamorada! Los nobles deben mirar a la muerte con dignidad... No conoces ni aun los rudimentos del bello arte de matarse. ¡Los nobles se matan en la soledad, jamás en el comedor, provocando escenas ridículas!

Y aquellas burlas sangrientas, aquellas humillaciones continuas en presencia de un extraño, aumentaban el odio de Esteban hacia aquél.

IV

El fantasma del pasado...

Aquella noche, Gilberto no dormía. Los acontecimientos precipitándose, aquel odio del que se sentía injustamente víctima, puesto que a él sólo simpatía y afecto le inspiraba el infeliz prisionero, le mantenían desvelado.

De pronto en el silencio de la noche creyó percibir ayes y lamentos; voces de ultratumba.

Andando de puntillas para no ser descubierto, se deslizó por los tortuosos pasillos, hacia donde sonaban aquellos tétricos rumores y

llegó así hasta la puerta de la habitación del señor de aquella casa.

Miró por el ojo de la cerradura por donde se filtraba un rayo de luz, y sintió que el frío del espanto cosquilleaba en la misma medula de sus huesos.

La figura de Kostia, era como la del loco hidalgo de la estepa en lucha con sus recuerdos.

La cabellera en desorden, el pecho desnudo, con la espada en la diestra, miraba con ojos desencajados un retrato de su esposa, que cubría uno de los muros de la estancia.

—¡Esposa mía! — decía con una voz hueca, sin vibraciones sonoras, voz de eco, voz del más allá—. ¡Esfinge de la duda: habla! ¡Mío era el hijo que murió! ¡Fruto del adulterio es el que está a mi lado como un tormento! ¡No rías! ¡No quiero ver tu risa que mata!

Gilberto estaba aterrado. ¡Aquel hombre le daba miedo!

—No quiero verte... Cuando no te vea, renacerá la paz... ¡Maldita imagen que ha de desaparecer! Pero la otra imagen, el hijo que vive, no puedo destruirla... y tiene su sonrisa... su sonrisa que yo he desterrado de sus labios con mis castigos y mis odios! ¡Pasado de infamia y de vergüenza! ¡Pobre conde Kostia, fantoche de orgullo y de nobleza!

Y le acometió un acceso de rabia loca e impotente, cayendo al suelo, revolcándose en con-

torsiones epilépticas. Arrastrándose fué hasta una arqueta, la abrió y sacó un papel amarillento por los años: era una carta:



La figura de Kostia era como la del loco hidalgo de la estepa en lucha con sus recuerdos.

...la condesa se ha matado por ocultar su culpa. En vuestra ausencia iba a ser madre.

Dr. Vladimiro

—¡Y aquel hombre que yo maté, Morloff,

era inocente! Juró ante la muerte. ¿Quién fué el hombre que me traicionó? ¿Qué pecho guarda el secreto de mi deshonra? ¿En ese corazón que latía, estaba escrito el nombre! — dijo mirando el retrato de su esposa—. ¡Pero los muertos se llevan a la tumba los secretos de su vida! ¡Haré hablar al que vive! ¡Desgarraré el traje negro del religioso... romperé el secreto de confesión!...

De pronto miró hacia la puerta tras la que se escondía Gilberto:

—¡Brillan dos ojos en la puerta! — dijo.

Y avanzó hacia aquella débil muralla, con el acero en la diestra y el ansia de matar en la mirada. Gilberto apenas tuvo el tiempo preciso para echar a correr como un poseso y dejarse caer jadeante de bruces sobre su cama.

Pasada la primera acometida del miedo, se incorporó resuelto y con la mano extendida, como en un juramento solemne, exclamó:

—Pase lo que pase seguiré aquí. ¡Conde Kostia, óyeme bien! ¡Tú has enterrado la sonrisa en tu palacio, pero yo tomo el cielo por testigo de que haré brotar en él los rosales de la vida!

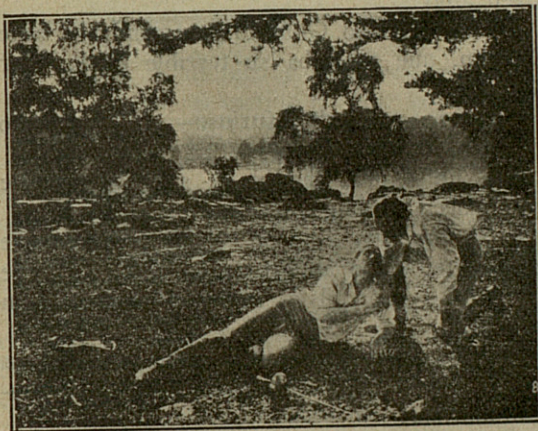
V

¡Del odio al amor no hay más que un paso!

Aquel día Gilberto pasó una hora larga en su despacho contemplando el tejado regular,

algo accidentado y otro más elevado unido al anterior, marcando los dos una pendiente, que iba a dar sobre un espantoso precipicio.

—Después de todo — murmuró al terminar su examen—, es menos difícil de lo que yo



—*¡Y aquel hombre que yo maté era inocente!... ¡Juró ante la muerte!*

creía... Una cuerda de nudos y una escala harán lo demás...

Y dicho esto salió a dar un paseo.

Al poco rato y ya en camino hacia el torreón donde Esteban gemía su cautiverio, encontró el siervo Ivan, al que dijo que quería hablar a solas con el muchacho. El mujik re-

husó al principio, pero se dejó vencer por el cariño que sentía hacia Gilberto desde el día de la flagelación y más cuando éste le aseguró que aquella conversación no tenía otro objeto que endulzar la existencia atormentada de su joven amo.

Y al poco rato Gilberto se encontraba ante Esteban, que sujetaba su terrible bulldog por el collar.

—¡Iros — le gritó, furioso—; iros o lanzo mi perro contra vos!

Era un animal terrible y sanguinario que no obedecía a nadie más que a Esteban.

—No me voy, Esteban. Quiero demostrarte que soy el único amigo de tu vida... Ponme a prueba... ¡Conquistar un amigo bien vale un sacrificio!

Esteban siempre violento, metió uno de sus guantes en la boca de la fiera y dijo con sonrisa mordaz:

—¿Tendrá valor para arrancar mi guante de entre estos colmillos?

Gilberto cruzó los brazos sobre el pecho, miró fijamente al perro y le arrancó el guante de entre los dientes, pero entonces el animal vencido por sorpresa, se abalanzó a él y le mordió cruelmente en los brazos, en los hombros... Cada vez más furioso, iba a renovar su ataque, cuando Ivan blandiendo un hacha, de un golpe certero lo derribó a sus pies.

Esteban estaba horrorizado del resultado de

su hazaña y exclamó viendo los profundos desgarros en la piel del secretario:

—¡Oh, qué horrible llaga! ¡Y ha hecho eso por mí!

Gilberto no tuvo fuerzas más que para llegar a su habitación y perdió el conocimiento.

... ..

El doctor Vladimiro Paulitch que venía todos los veranos al castillo a curar las crisis de neurastenia del conde Kostia, llegó aquella vez a punto para cuidar las heridas de Gilberto y en algunos días cicatrizaron las llagas merced a una medicina tan misteriosa como el doctor.

Gilberto no había renunciado a su proyecto de hacer más dulce la vida de Esteban. Después de mil acrobacias peligrosas llegó una noche por los tejados hasta la habitación de Esteban, la más alta e inaccesible del más elevado torreón.

¡Cuántas emociones encontradas agitaron el pecho dolorido del muchacho! ¡Lágrimas, alegría, duda, esperanza!

El valor del joven secretario, su devoción por él, habían conquistado el corazón salvaje y endurecido por la soledad y el pesar. El pobre niño contó a Gilberto, cómo su padre, que había sido en un principio bueno y tierno, se había tornado de pronto a la muerte de su madre, cruel y odioso, tanto que un día en que él se acercaba al conde lleno de ternura y amor, fué rechazado por éste, con tal violencia,

que se hirió en la cabeza al chocar contra las piedras y entonces Kostia en lugar de conmovirse y socorrerlo, soltó una horrible carcajada.

Las visitas menudearon y sus relaciones fueron acreciendo en confianza, en verdadera amistad, pero sin embargo en ciertos extremos de su vida, Esteban guardaba impenetrable reserva.

Hasta que una noche, al saltar Gilberto por la ventana como de costumbre, encontró a Esteban que terminaba de escribir una carta.

Al ver a su amigo, el prisionero se acercó a él con los ojos bañados en lágrimas y la sonrisa en los labios:

—Lo que yo no he podido deciros, lo he escrito en este papel hace un rato.

Y le entregó la siguiente carta que Gilberto leyó sorprendido y emocionado a la luz de la luna plena, que se filtraba en el torreón por la ventana abierta de par en par:

Mi querido Gilberto: Oye una historia. Tenía yo once años cuando mi hermano Esteban murió. Apenas enterrado, mi padre me hizo conducir a su presencia. Tenía entre sus manos los vestidos de mi hermano. "Elena, me dijo, tú has muerto. Tú eres Esteban... Mi hija ha muerto y es mi hijo solo el que vive!" Y como yo me obstinase hasta no comprenderle, hizo traer un ataúd y encerrándome en él, me decía: "Hija, estás muerta?" Cuando el ataúd

estuvo completamente cerrado, me resolví a gritar: "¡Sí, padre, sí; vuestra hija ha muerto! Haced lo que vos queráis". Entonces me sacó del ataúd loca de horror y de espanto, me entregó los vestidos de mi hermano muerto, y exclamó: "Esteban, acuérdate siempre de que mi hija ha muerto; si llegases a olvidarlo alguna vez..." No dijo más, pero sus miradas acabaron de completar la frase. ¡Gilberto, en este instante la hija de mi padre resucita para decirte que te ama con toda su alma y que no puede ocultártelo más tiempo!...

Cuando Gilberto trastornado, ebrio de amor, después de haber leído aquella confesión, alzó sus ojos hacia ella y pretendió estrecharla entre sus brazos, Elena abrió apresuradamente una puerta lateral y desapareció. ¡Gilberto volvió a su cuarto por los tejados como un loco!...

VI

La venganza de un esclavo

Pero Gilberto al volver de la cita había sido visto por el doctor Vladimiro.

Y al día siguiente, esperando aclarar el misterio de aquel paseo nocturno por los tejados, el doctor Vladimiro Paulitch, contó su historia a Gilberto:

—Mire usted mis muñecas — dijo—. ¿No ve usted alguna marca, una cicatriz?

—No — respondió Gilberto.

—Es raro, porque durante cuatro años yo he llevado las cadenas. Yo, el primer médico de Rusia; yo el sabio fisiologista, soy igual que Ivan; yo soy un esclavo, Kostia Lenimof me lo ha dado todo: maestros, libros, dinero... Ha ocultado al mundo entero mi origen; en fin, me ha hecho lo que soy: un médico adorado como un Dios por los enfermos. ¡Pero no ha tenido nunca la generosidad de hacerme libre!

Al día siguiente denunciado por Vladimiro Paulitch, fué descubierto por Kostia en los brazos de Elena. El conde armado de un puñal iba a matar al joven, pero entonces Gilberto descubriendo su pecho exclamó mirándole con fijeza:

—¡Hiere, cobarde y será el segundo hombre inocente que sacrificas a tu locura!

Y en la conciencia del conde Kostia surgió la evocación del drama que había ensangrentado su existencia y la luz de la razón empezó a iluminar el camino de una vida.

Al día siguiente, un criado vino a decir a Gilberto que Vladimiro había robado a Elena, después de haber narcotizado a su guardián y el joven se lanzó desesperadamente en persecución del doctor.

Gilberto corría con todas sus fuerzas, cuan-

do de pronto vió a Elena recobrados sus vestidos de mujer, a algunos pasos de él inmóvil, en pie, con el espanto reflejado en el rostro. Estaba contemplando horrorizada, el cuerpo de Vladimiro tendido al pie de un precipicio.

Elena refirió a su amado, que el doctor había ido a verla, contándole que Gilberto la esperaba para llevarla con él, lejos de su padre; que la había arrastrado fuera del castillo, hasta que en un lugar desierto, en pleno bosque, había intentado violentarla brutalmente. Luchando con él, desesperada, de un empujón le había precipitado en el abismo.

En aquel momento el padre Alexis y varios criados llegaron hasta ellos y ayudados por Gilberto, extrajeron del foso a Vladimiro que respiraba todavía y lo llevaron al castillo.

El conde acababa de volver; preguntó por su hija y al saber que había salido de sus habitaciones sin su permiso, se sintió acometido de una cólera espantosa.

Mientras Gilberto y el pope transportaban al médico a su alcoba, la muchacha, que entraba en el castillo, encontró a su padre al acabar de subir la escalinata. Kostia, armado de una pistola, hizo fuego sobre ella y Elena rodó por el suelo ensangrentada lanzando un gemitido de dolor.

Al entrar el conde en la habitación de Vladimiro, el moribundo se incorporó por un poderoso esfuerzo y preguntó:

—¡Conde Kostia! ¿Qué has hecho de tu hija?

—¡La he matado! — contestó el conde, con voz sorda.

El rostro de Vladimiro Paulitch se iluminó con alegría infernal.

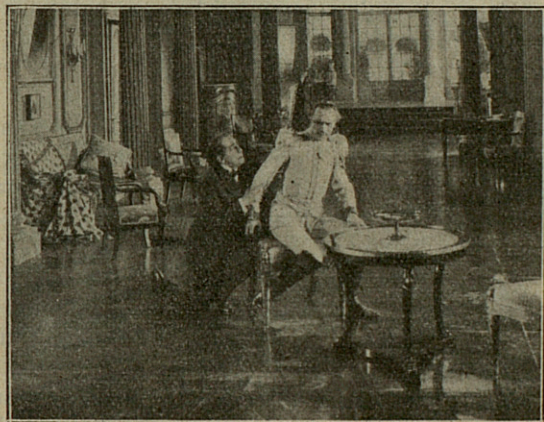
—Mi buen amo — dijo con acento de triunfo—: ¿te acuerdas de aquella Paulina que yo amaba? ¿Te acuerdas de haberme visto arrastrarme a tus pies, pidiéndote que me dejaras casarme con ella, sin revelarla que era un esclavo? ¿te acuerdas de haber destrozado mi corazón y mi vida? ¿Y podías creer tú que yo apuraría hasta las heces este cáliz de dolor y de vergüenza y no me vengaría del que había osado reírse de mí al hacérmelo beber? ¿He querido que tu vida fuese un infierno, y lo ha sido! ¿El amante de la condesa Olga fui yo! ¿Cómo?... ¡Sólo Dios y yo lo sabemos! Soy el traidor de tu amistad; es a mí a quién debes el fantasma de Morloff inocente; pero mientras te quedase un hijo, mi venganza no estaba completa!...

—Yo no tenía ningún hijo, bien lo sabes; esa muchacha no era mi hija.

Vladimiro entonces sacó del seno un papel arrugado y lo tiró a los pies del conde diciendo:

—Toma esta carta; yo la intercepté en su día... ¡Quería habértela mandado con tu hija deshonrada... léela después de haberla matado!

En aquella carta, la pobre condesa Olga confesaba su única falta involuntaria y el horror que había concebido por el que había abusado de ella. Manifestaba el deseo de desaparecer, puesto que no se atrevía ya a mirar cara a cara a su marido, ni se creía digna de sus hijos.



—¿Te acuerdas de haberme visto arrastrarme a tus pies?...

Aquella carta iluminó la razón y llevó el conocimiento al espíritu del conde Kostia.

—¡Elena es mi hija! — exclamó loco de entusiasmo — ¡Yo no puedo haberla matado...!

Y se lanzó fuera de la estancia.

VII

La vuelta a la razón

Como el conde suponía su bala no había matado a Elena, limitándose a una rozadura insignificante que unida al miedo la hizo perder el sentido.

En brazos de Gilberto la encontró en el mismo sitio en que la derribara su furia y al verla corrió hacia ella estrechándola con ternura infinita entre sus brazos, diciéndola conmovido:

—¡Perdón Elena...! ¡Al querer matarte a ti rompía mi corazón...! Las gotas de sangre que te arrancó la bala al rozarte, son mi bautismo...!

Elena miró a su padre, como si dudase de su arrepentimiento, pero algo vieron ella y Gilberto en sus ojos, que la hizo sonreír radiante de felicidad.

—¡Bendita Elena, que has sabido sufrir, hasta que el amor te dió sus alas...!

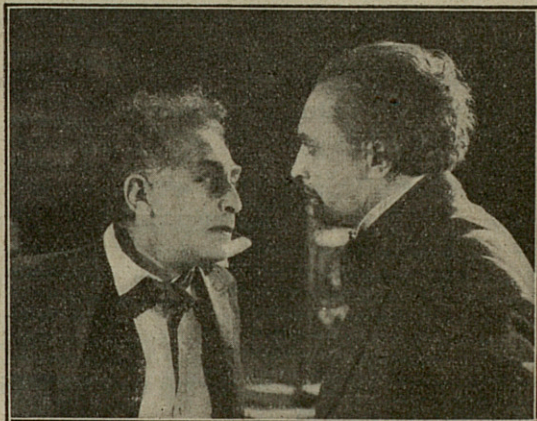
Y los labios del conde se posaron sobre la frente de la martir y aquel beso cálido abrió la fuente de la vida...

Entretanto el pobre mujik Ivan, había despertado de su letargo y al constatar la desapa-

rición de Elena, bajó precipitadamente de la torre y fué a arrojarle temblando a los pies de su señor:

—¡Perdón, señor... fuí narcotizado...!

El conde le alzó con dulzura del suelo y le dijo suavemente:



---¡El amante de la condesa Olga fuí yo!...

—¡Mujik! ¡Eres un caballo viejo que ya no sirves para nada...! ¿No sabes lo que voy a hacer contigo?

El pobre viejo temblaba como la hoja de un árbol, sin atreverse a alzar los ojos del suelo.

—Mira — le dijo el conde, señalando a los

jóvenes entregados de lleno a su amor inmenso—. ¡Te pongo a las órdenes de Elena! ¡A ver si guardas mejor a sus hijos!

El pope Alexis, que había presenciado toda la escena y escuchado las últimas palabras, exclamó alzando los ojos al cielo y restregándose alborozado las manos:

—¡Gracias a Dios que por fin vamos a comer tranquilos en esta casa!

En tanto, Gilberto decía a Elena, oprimiéndola cariñoso contra su pecho:

—Ovidio decía...

*Pronto la amistad se mostró
poderosa en nuestros corazones,
hasta que el amor brotó
coronándolos de frutos y de flores.*

.....
.....

Seis meses después se celebró el matrimonio de Elena y Gilberto.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

BARRERAS ROTAS

Por Helen Holmes, William Desmond, etc.

Postal-obsequio: RICARDO CORTEZ

LA NOVELA FILM sale todos los martes - Precio 30 cts.

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta. impresor. - Barcelona